

La guerra contra el asco por Martín Caparrós



(1) Nos dicen que no hay vuelta, que es así: que empecemos a pensar cuáles y cómo, porque pronto vamos a comer muchos insectos. Es que la provisión de proteínas animales ya es un problema —y lo será cada vez más. La producción de carnes mamíferas es la forma más bruta de
5 concentración de la riqueza alimentaria: se necesitan 10 kilos de cereales —que podrían saciar a 10 familias— para que una vaca produzca un kilo de su carne —que alimentará a una. Durante milenios la carne solo fue posible porque muy pocos la comían; ahora, cuando más y más pueden pagarla, el mundo está desbordado, gasta recursos que no tiene —un
10 tercio de sus tierras productivas— en fabricarla.

(2) El mecanismo no puede durar, el planeta no alcanza. Entonces, mientras acaba de comenzar el desarrollo de la carne producida en laboratorio por clonación de células, parece que los insectos proveerán esas proteínas. Hay que empezar a acostumbrarse, dicen, 7 hay
15 millones de personas que se resisten aunque no deberían. Ya hace cuatro años que tres holandeses encabezados por el antropólogo Arnold van Huis, el mayor propagandista de los bichos, publicaron *The Insect Cookbook: Food for a Sustainable Planet* y salieron artículos, y expertos se reunieron y muchos anunciaron la buena noticia pero ¿quién de
20 ustedes ha comido un insecto últimamente?

(3) Aunque la palabra “insectos” resulte engañosa: no decimos que comemos mamíferos, sí que comemos vaca, cerdo u oveja, pero no comemos gato, elefante, rata ni personas, en principio. En cambio, la idea de “comer insectos” remite tanto a la langosta como a la cucaracha o a la
25 avispa y se hace repugnante para muchos.

Se diría que comer o no comer ciertos animales depende de dar con la distancia justa. No comemos los que queremos por cercanos, los que tememos por lejanos; comemos lo que está ahí, disponible pero sin relación, inscripto en una tradición, conocido: esos mamíferos, los tres o
30 cuatro pájaros. Un insecto, en cambio, está en lo oscuro, en los rincones apartados, la inquietud. Un insecto suena sucio o amenazador: o contamina o duele. Un insecto, en principio, da asco —y ahora tenemos que aprender que nos conviene.

(4) Todo consiste en cambiarles la imagen: volverlos cool, apetecibles.
35 Pero los insectos no tienen lobby industrial; solo algunas organizaciones
no gubernamentales y académicos bienintencionados y chefs atrevidos y
startuperos¹⁾ entusiastas. Que chocarán contra la resistencia de los
poderosos fabricantes de carne de mamífero, dispuestos a todo, como
siempre, para mantener sus privilegios, sus negocios.
40 Se avecina una batalla cultural extraordinaria. Los carniceros usarán
todas las armas. No me extrañaría que Hollywood se pusiera a producir
películas tremendas en que enormes insectos invaden y destrozan. O que
los periodistas que nunca faltan contasen con medios y detalles las
insaciables epidemias causadas por abejas nutritivas en Borneo. Todo
45 sea para el asco, el miedo, los prejuicios.

(5) Será, en definitiva, una batalla épica entre nuestros terrores más
antiguos y nuestras necesidades más actuales: será para comprar
palomitas y sentarse a mirarlo, como en el cine. O, mejor, para participar:
será una lucha entre los que pretenden conservar todo para unos pocos y
50 los que quieren que muchos más tengan un poco de algo. Así, la guerra
contra el asco será, cuando se lance, otra batalla de la gran guerra contra
el hambre.

adaptado de: El País, 31-08-2018

noot 1 startuperos: oprichters van een start-up (bedrijf met een businessmodel rond een innovatief product of innovatieve dienst)